ISSN 0326-792X

FUNDACIÓN PARA EL ESTUDIO DEL PENSAMIENTO
ARGENTINO E IBEROAMERICANO

BOLETÍN DE TEOLOGÍA

CIERRE DE LA COLECCIÓN

FEPAI

Año 40 Nº 80 2º Semestre 2024

En defensa, una vez más, del Concilio Vaticano II

Gabriel Zanotti

Ante el pontificado de Francisco, sigue incrementándose la radicalización de los sectores tradicionalistas que atacan al Vaticano II como si este último fuera la causa de todo lo que actualmente sucede.

He tocado este tema en varias oportunidades (https://institutoacton.org/2024/02/19/las-aclaraciones-de-ratzinger-sobre-el-concilio-vaticano-ii-y-la-modernidad-catolica-gabriel-zanotti/); (https://www.institutoacton.com.ar/articulos/5artzanotti88.pdf); (https://institutoacton.org/2022/10/21/francisco-y-el-concilio-vaticano-ii-gabriel-zanotti/); todo el cap. VI de mi libro (https://www.amazon.es/Judeocristianismo-Civilizaci%C3%B3n-Occidental-Libertad-judeocristiano-ebook/dp/B079P7V1JC) está dedicado al tema y como si fuera un signo de la Providencia, uno de mis primeros artículos académicos, cuando era muy muy joven, trató sobre este tema (https://biblioteca.csjn.gov.ar/cgi-bin/koha/opac-detail.pl?biblionumber=349119).

Por supuesto, nadie vaya a pensar que yo, un irrelevante total, pensé alguna vez que mis ensayos fueran importantes *ad intra* de la Iglesia. Yo lo único que quise hacer es explicar lo que pensaban los mismos pontífices que impulsaron y siguieron con el Vaticano II, y especialmente Benedicto XVI, en su discurso, que siempre cito, del 22 de Diciembre de 2005, sobre la continuidad y reforma del Vaticano II. Pero hasta mi artículo "…Las

aclaraciones de Ratzinger sobre el Concilio Vaticano II y la modernidad católica" (Las aclaraciones de Ratzinger sobre el Concilio Vaticano II y la modernidad católica - Gabriel Zanotti - Instituto Acton) me acompañó cierta ingenuidad que me acompaña en otros temas también. La ingenuidad de poder entablar con ciertos sectores tradicionalistas una línea de diálogo (sobre todo, citándoles el caso de Benedicto XVI). Pero no, es humanamente imposible. El Vaticano II no es una cuestión de contenidos. Es una cuestión de actitud, y si la Gracia de Dios no interviene, es todo inútil. Actitud que, en ellos, es una cerrazón total y completa a todo el mundo moderno, a toda la modernidad en cuanto tal. Pero, a su vez, ¿por qué? Por su cerrazón al diálogo, a la convivencia con lo no católico y lo sanamente laical (por eso Escrivá de Balaguer nunca rechazó al Vat II y se adelantó a Benedicto XVI) y por su interpretación de la Filosofía Moderna. Repasemos por un momento el discurso de apertura de Juan XXIII (https://www.vatican.va/content/john-xxiii/es/speeches/1962/documents/hf_j-xxiii_spe_19621011_opening-council.html).

Al principio, nada por aquí, nada por allá. Pero de repente

> "Tres años de laboriosa preparación, consagrados al examen más amplio y profundo de las modernas condiciones de fe y de práctica religiosa […]".

Allí aparece el término "moderno".

Y luego:

> "[…] con oportunas 'actualizaciones' y con un prudente ordenamiento de mutua colaboración, la Iglesia hará que los

> hombres, las familias, los pueblos vuelvan realmente su espíritu hacia las cosas celestiales […]".

Habla de "actualizaciones", algo que tiene que ver con la percepción del mundo moderno. Pero sabe que algunos (¿muchos?) ven en ese mundo moderno sólo al mal. Entonces aclara:

> "…Ellas ['ciertas insinuaciones de algunas personas'] no ven en los tiempos modernos sino prevaricación y ruina; van diciendo que nuestra época, comparada con las pasadas, ha ido empeorando; y se comportan como si nada hubieran aprendido de la historia, que sigue siendo maestra de la vida, y como si en tiempo de los precedentes Concilios Ecuménicos todo hubiese procedido con un triunfo absoluto de la doctrina y de la vida cristiana, y de la justa libertad de la Iglesia".

Y agrega, de vuelta:

> "…Nos parece justo disentir de tales profetas de calamidades, avezados a anunciar siempre infaustos acontecimientos, como si el fin de los tiempos estuviese inminente. En el presente momento histórico, la Providencia nos está llevando a un nuevo orden de relaciones humanas que, por obra misma de los hombres pero más aún por encima de sus mismas intenciones, se encaminan al cumplimiento de planes superiores e inesperados; pues todo, aun las humanas adversidades, aquélla lo dispone para mayor bien de la Iglesia".

No es necesario aclarar nada, creo…

Reconoce las dificultades de este mundo moderno, pero destaca una peculiar ventaja:

> "…Fácil es descubrir esta realidad, cuando se considera atentamente el mundo moderno, tan ocupado en la política y en las disputas de orden económico que ya no encuentra tiempo para atender a las cuestiones del orden espiritual, de las que se ocupa el magisterio de la Santa Iglesia. Modo semejante de obrar no va bien, y con razón ha de ser desaprobado; mas no se puede negar que estas nuevas condiciones de la vida moderna tienen siquiera la ventaja de haber hecho desaparecer todos aquellos innumerables obstáculos, con que en otros tiempos los hijos del mundo impedían la libre acción de la Iglesia".

E insiste:

> "…Pero no sin una gran esperanza y un gran consuelo vemos hoy cómo la Iglesia, libre finalmente de tantas trabas de orden profano, tan frecuentes en otros tiempos, puede, desde esta Basílica Vaticana, como desde un segundo Cenáculo Apostólico, hacer sentir a través de vosotros su voz, llena de majestad y de grandeza".

Y propone nuevamente mirar al tiempo presente (1962):

> "[…] Mas para que tal doctrina [la de la Iglesia] alcance a las múltiples estructuras de la actividad humana, que atañen a los individuos, a las familias y a la vida social, ante todo es necesario que la Iglesia no se aparte del sacro patrimonio de la verdad, recibido de los padres; pero, al mismo tiempo, debe mirar a lo presente, a las

> nuevas condiciones y formas de vida introducidas en el mundo actual, que han abierto nuevos caminos para el apostolado católico".

1Y aparece entonces la palabra "progreso" que había sido condenada sin distinciones por Pío IX:

> "[…] Por esta razón la Iglesia no ha asistido indiferente al admirable progreso de los descubrimientos del ingenio humano, y nunca ha dejado de significar su justa estimación".

Y establece consiguientemente los propósitos del Concilio:

> "[…] el espíritu cristiano y católico del mundo entero espera que se dé un paso adelante hacia una penetración doctrinal y una formación de las conciencias que esté en correspondencia más perfecta con la fidelidad a la auténtica doctrina, estudiando ésta y exponiéndola a través de las formas de investigación y de las fórmulas literarias del pensamiento moderno. Una cosa es la substancia de la antigua doctrina, del "*depositum fidei*", y otra la manera de formular su expresión; y de ello ha de tenerse gran cuenta –con paciencia, si necesario fuese– ateniéndose a las normas y exigencias de un magisterio de carácter predominantemente pastoral".

Observemos:

> "[…] a través de las formas de investigación y de las fórmulas literarias del pensamiento moderno".

¿Por qué? Porque

> "[]…]Una cosa es la substancia de la antigua doctrina, del '*depositum fidei*', y otra la manera de formular su expresión".

Por supuesto, el medio es el mensaje; por ende, en la nueva manera de formular su expresión, también habrá un mensaje: la Iglesia (antes de Francisco) está siempre en salida; como aclara Benedicto XVI, es siempre misionera, y en esa misión no está la condena de las personas, sino **el diálogo con su corazón**. Y por eso el carácter pastoral, "pero" que agrega una actitud de diálogo, de acogimiento, de comprensión:

> "[…] y de ello ha de tenerse gran cuenta –con paciencia, si necesario fuese– ateniéndose a las normas y exigencias de un magisterio de carácter predominantemente pastoral".

Por ello una actitud diferente ante los errores:

> "…Siempre la Iglesia se opuso a estos errores. Frecuentemente los condenó con la mayor severidad. En nuestro tiempo, sin embargo, la Esposa de Cristo prefiere usar la medicina de la misericordia más que la de la severidad. Ella quiere venir al encuentro de las necesidades actuales, mostrando la validez de su doctrina más bien que renovando condenas".

Pero la expresión "en nuestro tiempo" no es meramente circunstancial, no es una mera conveniencia del momento, no es una casi inmoral estrategia de "captación del enemigo": es una verdadera aceptación de la verdad de la actitud dialógica.

Por eso ha terminado el tiempo donde solamente se decía el *anatema sit*. Luego de la Segunda Guerra, los tiempos han cambiado para bien:

> "…Cada día se convencen más [los hombres] de que la dignidad de la persona humana, así como su perfección y las consiguientes obligaciones, es asunto de suma importancia. Lo que mayor importancia tiene es la experiencia, que les ha enseñado cómo la violencia causada a otros, el poder de las armas y el predominio político de nada sirven para una feliz solución de los graves problemas que les afligen. En tal estado de cosas, la Iglesia Católica, al elevar por medio de este Concilio Ecuménico la antorcha de la verdad religiosa, *quiere mostrarse madre amable de todos, benigna, paciente, llena de misericordia y de bondad para con los hijos separados de ella*". [Las itálicas son nuestras].

Pero esta actitud, ¿es extraña, es contradictoria, con la Doctrina Católica? ¿La bondad, la paciencia, la misericordia, son temas doctrinales o pastorales? ¿No hay un sin sentido en esa pregunta? ¿No son actitudes que nacen de la misma esencia del *depositum fidei*?

Porque Juan XXIII tiene un ideal, que aún no se ha concretado, que pertenece al mundo moderno y al mismo tiempo a los ideales universalistas de la Iglesia: la unidad del género humano, tanto a nivel sobrenatural como a nivel social natural. No se ha logrado aún, y no se logrará, claro, con las actuales Naciones Unidas (cuya declaración de Derechos Humanos, en ese entonces, en 1963 –encíclica *Pacem in terris*, un año después– pareció digna a Juan XXIII, y tuvo razón), pero es un ideal católico: que todos los seres humanos, conscientes de su misma dignidad y de sus mismos derechos, convivan sin guerras, aún en medio de sus diferencias religiosas y culturales:

> "[…]Esto se propone el Concilio Ecuménico Vaticano II, el cual, mientras reúne juntamente las mejores energías de la Iglesia y se

> esfuerza por que los hombres acojan cada vez más favorablemente el anuncio de la salvación, prepara en cierto modo y consolida el camino hacia aquella unidad del género humano, que constituye el fundamento necesario para que la Ciudad terrenal se organice a semejanza de la celestial 'en la que reina la verdad, es ley la caridad y la extensión es la eternidad' según San Agustín".

Evidentemente, otra actitud, que se resume en el diálogo que, como hemos dicho, no es algo extraño a la Doctrina Católica.

¿Pero qué es el diálogo? ¿Es igual a relativismo, como temen ciertos tradicionalistas?

De ningún modo. El diálogo implica comprensión, como dice Gadamer, que no implica decir que todo lo que diga o haga el otro sea verdadero y bueno.

¿Y cuál era el problema?

¿Por qué no seguir con el estilo del lenguaje de Trento?

¿Es acaso falso que "el que dijere…", "*anatema sit*"?

No, no es falso. Había y hay que custodiar a los hermanos en la Fe. No es una mera aclaración, no es un detalle menor. La Fe jamás cambiará. Las normas morales de la Iglesia, tampoco. El que las niegue no es católico. Pero, ¿por qué la negación? No nos referimos al criminal, al misterio del mal, al psicópata perverso. La pregunta es otra. ¿Por qué la Reforma? ¿Por qué la secularización no cristiana? ¿Por qué el ateísmo? ¿Por qué el "desencantamiento del mundo" (Weber)?

Había que hacerse esas preguntas y "en salida" ir, ir a hablar, a dialogar con todas las personas de buena voluntad.

Ante el protestante, o ante el Iluminista, ¿hasta cuándo íbamos a seguir diciendo, encerrados en nuestros muros, *anatema sit*? ¿Hasta cuándo? ¿*For ever and ever* sin ningún intento de comprensión, de conversación, de nueva evangelización?

Los tradicionalistas jamás lograron, ni logran, darse cuenta de que después de la Segunda Guerra, algo cambió en el ambiente intelectual europeo, cambio que recibieron mejor los teólogos que ciertos filósofos "católicos". Buber, Levinas, Gadamer, Habermas, (autores que jamás leen, autores de los cuales no saben, en realidad, ni quiénes son pero sobre todo no saben qué son) no son una casualidad. Son todos frutos de un ambiente intelectual "atento para siempre al rostro sufriente del otro" (Levinas). Y con ese otro se dialoga, se conversa, se curan sus heridas y además se escuchan sus aportes. Los padres conciliares (entre ellos Wojtyla y Ratzinger) habían recibido ese mensaje. Para ellos, era obvio que el diálogo, según esos autores, implicaba:
- Ponerse en el horizonte del otro y comprenderlo mejor; que comprender no es aceptar, pero sí entender;
- Ir a lo común de ambos horizontes;
-Tomar lo bueno del otro;
- Ir al encuentro caritativo con el otro.

Y no de casualidad, tampoco, entre esos padres conciliares estaba Montini, que luego como Pablo VI, un año antes de que terminara el Concilio, en 1964, escribe E*cclesiam suam*, cuyo capítulo final está dedicado, precisamente, al diálogo.

Desde aquí, desde todo esto, se entiende ahora la actitud de fondo que hay detrás de los más importantes documentos del Vaticano II, que molestan tanto a muchos tradicionalistas. Sí, había que **ir al encuentro con los hermanos separados**, antes hermanos que separados; había que **ir al encuentro con las religiones no cristianas**; había que aclarar que **la libertad religiosa era un derecho de todos**; había que aclarar que el mundo moderno **estaba en la verdad** cuando distinguía la Iglesia del Estado; había que asumir la *sana laicidad*; había que hablar de la justa autonomía de lo temporal; había que asumir a la ciencia como emergente del Judeocristianismo; había que aclarar que el laico es un ciudadano más entre los demás, sin más ni menos derechos que los demás; había que establecer mejor la diferencia entre jerarquía y laicos, y había que aclarar que estos últimos no son ciudadanos de segunda en la Iglesia, sino que están llamados por su propia naturaleza a santificarse en el mundo y a santificar al mundo, por medio de las vocaciones esencialmente santas del trabajo y la familia.

Pero claro, nada es perfecto. Por supuesto que todo documento eclesial, en sus aspectos humanos, es perfeccionable. Los tradicionalistas anti Vaticano II aplican esa obviedad de 1965 para adelante. *Mirari vos*; *Quanta cura*, *Libertas*, y ni qué hablar del "orden corporativo profesional" de Pío XI, serían todos documentos perfectos, intocables, inmaculados, que no necesitarían ninguna aclaración. Pero los documentos del Vaticano II… Ah claro, esos sí las necesitan… ¿Las necesitan? **¡Claro que sí!** ¿Quieren un aliado al respecto? Lean (lo digo ya **sin ninguna esperanza** de que lo hagan) los dos tomos (cosa que ya comenté) de Benedicto XVI sobre el Vaticano II, en sus Obras Completas, tomos VII y VIII. Vamos, lectores infatigables de Menvielle, son sólo 1000 páginas, una pavada para ustedes. El mismo Benedicto les dice allí que los documentos del Vaticano II necesitan aclaraciones, que son imperfectos, que todo se puede mejorar.

¿Les molesta la colegialidad? ¿Les molesta el tema de los dos sujetos? ¿Les molestan las "iglesias", el "*subsistit*"? Pues allí tienen tooooooooooooodas las explicaciones de Benedicto XVI al respecto. Esos temas, ¿son dogmas de Fe? No. Pero sus objeciones tampoco. ¿Qué les costaba tomar al discurso del 2005 de Benedicto XVI como una clave de unidad en la diversidad y desde allí, sin irse de la Iglesia, seguir discutiendo? Ah no, que Francisco esto, que Francisco aquello. Bueno, si ustedes confunden a Francisco con Ratzinger, no es raro que tampoco entiendan qué es el diálogo y lo confundan con la indiferencia ante la verdad.

Ya está. Estamos en 2024 y luego de la renuncia de Benedicto, la Iglesia ha entrado en una de las fases más oscuras de su historia.

Pero ustedes, tradicionalistas que han despreciado al Magisterio de Benedicto, forman parte de esa oscuridad.

Que Dios se apiade de todos nosotros.

*

12 comentarios recibidos en su blog

Anónimo

Sinceramente no entiendo a qué viene esta insistencia cuando los tradicionalistas y/o conservadores que aceptamos Vaticano II somos los sistemática, constante y cruelmente perseguidos desde 2013 (Seminario de Ciudad del Este, de San Rafael, de San Luis y de La Plata; beneficiarios de la apertura de Benedicto XVI a la Liturgia Tradicional; Obispos y Sacerdotes defensores de la hermenéutica de la continuidad en la reforma;

etc). Los que rechazan Vaticano II siguen en igual o incluso mejor situación dentro de la Iglesia que nosotros

Fernando RM
3 de noviembre de 2024, 8:15

Anónimo

Excelente todas tus aclaraciones!!!

3 de noviembre de 2024, 8:31

Zanotti

¿A qué viene? ¿VOS ignorás todas las voces alrededor tuyo que siguen despotricando contra el Vat II y adhiriéndose a Mons Viganó? ¿VOS ignorás a todos los delirantes que siguen diciendo que Juan XXIII era masón y cosas por el estilo? ¿VOS preguntás a qué viene todo esto? ¡A tus amigos "va"!!!!

3 de noviembre de 2024, 9:39

Anónimo

Y ahora te enojas conmigo. No los ignoro, pero generalizas indebidamente. Sobre todo porque, te gusten o no sus interpretaciones, todos los que están detrás de iniciativas como *Gladius*, *Infocatolica* u otras parecidas, aceptan Vaticano II y son por eso muy criticados por los tradicionalistas anti-Vaticano II. De hecho, desde que Mons. Viganò se hizo sedevacantista, casi nadie lo sigue en esos ambientes. Como sucedió con Mons. Lefebvre desde mitad de los años 70 o desde hace un mes con Mons. Isidro Puente. Algunos hasta exagerando, como el bueno del P. Iraburu que, por no distinguir, acusó a ciertos amigos (como Pablo J.) de "filo-lefebvristas". Te puedo asegurar con total certeza y conocimiento de causa, que Seminarios como los de Paraná (hasta 1983) y San Rafael (hasta 2021) formaban y vivían la Fe católica siguiendo las enseñanzas del

Concilio Vaticano II. Para los tradicionalistas anti-Vaticano II, los que aceptamos Vaticano II a la luz de la Tradición, somos todos cómplices del modernismo, "línea media", "bi-ritualistas", etc. Eso aplica a todos: Fraternidad Sacerdotal San Pedro, Instituto del Buen Pastor, Instituto Cristo Rey Sumo Sacerdote, Abadía benedictina de Le Barroux, Asociación Nuestra Señora de la Cristiandad, Orden de San Elias, parroquias donde se celebra tanto el *Vetus Ordo* como el *Novus Ordo* y, en general, todas las instituciones amparadas por Juan Pablo II y Benedicto XVI bajo la ex Pontificia Comisión *Ecclessia Dei*. Pero bueno, para vos, somos todo lo mismo. En fin...Dejo aquí porque tengo que ir a Misa *Novus Ordo* en mi Parroquia "bi-ritualista" y "conservadora" (progresista en cámara lenta para ciertos tradis), que en cualquier momento puede ser cancelada desde Roma por no ser plenamente conciliar, sinodal y misericordiosa...

3 de noviembre de 2024, 12:42

Zanotti

F RM: "....generalizas indebidamente". Puede ser. Es nuestro debate de siempre. Siempre lo mismo: espero que sea así. No me parece, leo todos los días comentarios de tradicionalistas ANTI Vaticano II. Creo que se está produciendo un malentendido. Pero bueno. Haya paz. No quise atacarte a vos ni a los trasdis justos e injustamente perseguidos. Pero de vuelta: mi comentario no surgió del aire. No imagino cosas. No estoy TAN loco.

3 de noviembre de 2024, 14:06

Zanotti

F RM, *by the way*, cuando quieras: citame UN tradicionalista, UNO SOLO, que haya analizado lo tomos VII y VIII de las obras completas de Benedicto XVI, lo haya analizado y le haya respondido sin adjetivaciones ni diatribas. Que haya RESPONDIDO LAS RESPUESTAS de Benedicto

XVI a las clásicas preocupaciones tradis sobre la colegialidad, el *subsistit*, etc. (las nombro una por una en el comentario). Dale, citame UNO SOLO. *Please*. UNO SOLO...

3 de noviembre de 2024, 14:11

Anónimo

Seguro habrá alguno que lo haga dentro de no mucho tiempo. Que yo sepa la publicación de las Obras Completas es reciente, no de hace diez o veinte años. En cuanto a mí, vi los precios y por el momento distan mucho de lo que puedo gastar. Ya llegará el momento de poder leerlos. En cuanto a los ambientes que mencionas (os que yo más frecuento), has visto algún rechazo a Vaticano II en páginas web como *Infocatolica*, Que no te la cuenten, Cristiandad, etc. Lo aclaro pues otras, si bien las leo, no suelen representar mi modo de pensar. Pienso en *Adelante la Fe*, *Correspondencia romana*, The Wanderer, Si si No no, las de Michael Matt, Christopher Ferrara, etc.

3 de noviembre de 2024, 15:58

Zanotti

¿Qué quiere decir "rechazo al Vaticano II"? ESE es el malentendido que tenemos. Por lo pronto lo que sí veo es echar culpas permanentemente al Vaticano II por todo lo que pasa con Francisco. Eso ha generado la mayor parte de mis últimos artículos.

3 de noviembre de 2024, 17:33

Anónimo

Te repito. Hay instituciones, seminarios y publicaciones tradicionalistas y/o conservadoras que aceptan Vaticano II y lo interpretan de acuerdo a la Tradición. No cargan a Vaticano II ni al Magisterio post-conciliar de la crisis de la Iglesia ni de los problemas del actual Pontificado, aunque

puedan afirmar que tal expresión podría haber sido mejor dicha, que se advierte una X omisión en cierto tema o que tal reforma no responde a lo enseñado en el Concilio. Instituciones como la FSSP, el IBP o el ICRSS; seminarios cancelados o reformados como los de Ciudad del Este, San Rafael, San Luis o La Plata; y publicaciones como **Gladius**, *Infocatolica* o *QNTLQ*. Todas consideradas de "línea media", "juanpablistas" y "biritualistas" por los tradicionalistas al estilo FSSPX y ni que decir de los sedevacantistas. Repito: cuál es el problema con tales Instituciones, seminarios y/o publicaciones tradicionalistas y/o conservadoras respecto de ESTE asunto (no en temas opinables)?

Fernando RM
3 de noviembre de 2024, 20:58

Anónimo

Muy bueno esto que escribiste, Gabriel. Así como vos señalás (si te entendí bien), el diálogo y la misericordia no son una cuestión de "formas" (como si la forma se pudiera distinguir del contenido y como si la forma fuese a su vez algo menor), son parte del núcleo de la fe. Sin eso no se tiene nada.

En línea con lo anterior, cuando vos destacás muy bien que la expresión "en nuestro tiempo" no es circunstancial, me hizo pensar en el tiempo del que habla San Pablo. "Nuestro tiempo" para los cristianos es el tiempo mesiánico, el tiempo que nos es dado después de la primera venida de Cristo (el tiempo del ya pero aún no). Ese tiempo está signado entre otras cosas por el "examinarlo todo, retener lo bueno" de San Pablo y "no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores" de Cristo. El tiempo del cristiano no es ni el de la nostalgia por el pasado perdido (hay tradición pero no tradicionalismo) ni el del apocalipsis de un tiempo futuro que es incalculable e impensable para nosotros (me parece que San Pablo es bien

claro respecto a esto). Se trata entonces de cómo vivir verdaderamente el tiempo presente. Y creo que vos estás también apuntando a eso.

Por último, tu texto me hizo recordar esta cita de Spinoza: "Me ha sorprendido muchas veces que hombres que se glorían de profesar la religión cristiana, es decir el amor, la alegría, la paz, la continencia y la fidelidad a todos, se atacaran unos a otros con tal malevolencia y se odiaran a diario con tal crueldad, que se conoce mejor su fe por estos últimos sentimientos que por los primeros. Tiempo ha que las cosas han llegado a tal extremo, que ya no es posible distinguir quién es casi nadie -si cristiano, turco, judío o pagano- a no ser por el vestido y por el comportamiento exterior, o porque frecuenta esta o aquella iglesia o porque, finalmente, simpatiza con tal o cual opinión y suele jurar en nombre de tal maestro. Por lo demás, la forma de vida es la misma para todos" (T*ratado teológico-político*, III).

Un abrazo,

Ignacio
4 de noviembre de 2024, 10:45

Zanotti

Totalmente de acuerdo...
4 de noviembre de 2024, 13:34

Zanotti

Creo que mi contexto estaba MUY claro Fer. Yo respondí a los tradicionalistas que ignoran a Benedicto y culpan al Vaticano II de la crisis actual. VOS saltaste como leche hervida.

4 de noviembre de 2024, 13:36

San Martín y Bolívar

Entrevista a Abel Posse, por Monseñor Héctor Aguer y Fernando de Estrada en el programa radial "Los Dos Reinos" 2008

Fernando de Estrada: Hace pocas semanas se publicó un artículo del embajador Abel Posse acerca de las relaciones entre San Martín y Bolívar. Es un tema que siempre retoma actualidad, a lo cual ayuda la existencia de un supuesto misterio de Guayaquil, y que fatalmente lleva al paralelo entre los dos personajes.

Monseñor Héctor Aguer: Ese misterio no se ha evacuado nunca del todo; no sé si es real o si se trata de una tradición o una leyenda, pero de todos modos me parece interesante indagar en la visión que ambos personajes tenían de lo que podía ser la independencia americana y el futuro de estas tierras.

Estrada: Es la cuestión que abordaba Abel Posse, y por eso lo hemos llamado y lo tenemos aquí en línea telefónica. Usted, embajador, en el artículo a que nos referimos desarrolló un punto capital de la historia de la América española -o la América ex española como decía Bolívar- en primer lugar porque la historia tiene una vigencia permanente y la oscuridad en los asuntos históricos lleva a desencuentros en el tiempo presente; además, porque existe hoy no lo que podría llamarse una reactualización sino la presentación de un Bolívar que todo hace pensar que difiere bastante del verdadero.

Abel Posse: Cada época fuerza a sus héroes para que sirvan o sean utilizados en los temas de la actualidad. Eso pasa siempre porque hay una continua interpretación de los aspectos que en una determinada época pueden ser útiles, y en el caso de Venezuela, obviamente, hay un Bolívar utilizado casi como política de Estado. Y está el Bolívar auténtico de la interpretación serena de los historiadores que no tiene nada que ver con aquella actualización de los héroes. Yo me sentí movido a escribir ese artículo porque a lo largo del tiempo la historiografía argentina ha sido muy débil en considerar ciertos aspectos que creía no eran los mejores de San Martín y que sin embargo son precisamente los mejores.

Es decir, su visión de que la cultura colonial iberoamericana instalada por España era casi la única que había; San Martín se desilusiona cuando viaja por el continente y lo encuentra vacío, con indiferencia total, ignorancia absoluta, grupos humanos sin ninguna coherencia de comunidad. Por un lado el gaucho, personaje absolutamente minoritario, errático y anárquico; por otro lado las comunidades indígenas, que en el caso de la Argentina eran muy pobres desde cualquier punto de vista e incapaces de renovarse en una sociedad como pensaba ese grupo de pioneros que venía con las ideas del iluminismo y que se encontraron en la imposibilidad de aplicarlas. Esto se sintió especialmente cuando llegaron al Perú, el Incario, donde se les aparece una enorme grey indígena resentida desde hace trescientos años. Todo esto llevó a San Martín a una filosofía especial que los historiadores argentinos estudiaron poco, porque se atuvieron a la imagen del renunciamiento, a la imagen del general bueno (que lo era), pero olvidando un aspecto filosófico profundo que desgarra la vida de San Martín y que consiste en la desilusión de la propia idea de independencia como un absoluto. Para Bolívar, la independencia y el aspecto militar de la independencia llenaban toda su existencia y daban fundamento a la imagen de héroe

napoleónico, la imagen que él tenía de sí mismo. En cambio, en el caso de San Martín hay una continua reflexión que se pone a prueba en Perú cuando el disenso con sus oficiales e incluso con Arenales, quien escribe una carta furibunda porque no puede entender cómo no se aprovechan mejor los éxitos militares conseguidos; lo que Arenales en realidad no entendía era la necesidad de pasar a una visión distinta de la guerra como tuvo San Martín en el sentido de que no podíamos ya seguir divorciándonos de la cultura europea.

Mons. Aguer: Este planteo, embajador, me parece importantísimo para concebir de algún modo y para interpretar las peripecias de la América española desde la época de la independencia hasta aquí, porque hoy día nos encontramos con defectos semejantes, como si no se hubiera levantado esa especie de déficit que impide a estos países configurarse de un modo definitivo, entrar en un período de adultez.

Posse: Es una enfermedad que se padece desde entonces, una enfermedad de disociación con el mundo, de resentimiento, de acercamiento y separación continuos. Me parece que la figura de San Martín es la más notable en cuanto a la toma de conciencia de que el problema político no puede ser interpretado como un absoluto porque la independencia política se destruye a sí misma si no está acompañada de la creación cultural ni de las posibilidades de crear una comunidad seria. Casi era mejor la colonia que lo que después de la independencia dejó a los países en la anarquía profunda, y San Martín así lo entendió.

Estrada: Además, nuestros países quedaron desintegrados entre sí mismos, porque hasta las primeras décadas de la independencia la solidaridad americana era muy intensa. Un dato muy significativo es que para las famosas deudas externas que tomaron los países recién

independizados y que fueron catastróficas (nosotros conocemos mejor nuestra experiencia de la Baring Brothers, pero en toda América la cosa fue análoga o peor). Colombia tuvo en 1826 un problema gravísimo porque no pudo responder a sus acreedores, y Méjico se hizo cargo de las obligaciones colombianas simplemente por solidaridad continental. Pero unos años después esa relación entre los miembros del deshecho cuerpo americano habían desaparecido.

Posse: El mismo San Martín nunca se consideró extranjero en el Perú como argentino recién llegado, porque se trataba de una sola patria. Era un sentido de unidad que enseguida se perdió. Quiero destacar que cuando Mitre habla de la decisión de San Martín tomada en la reunión de Punchauca con el Virrey del Perú afirma que ésta es una de las más importantes en la vida de San Martín. Se trataba de viajar a España con el Virrey, el general La Serna, para crear conjuntamente entre España y Perú una nueva monarquía independiente pero relacionada profundamente con Europa. Mitre insiste en su libro sobre la importancia de este proyecto, que indica el momento en que San Martín se disocia de la noción de independencia casi infantil, quimérica y militarista que tenía Bolívar. Una idea de independencia fundada en la egolatría y que iba sembrando a su paso un clima de anarquía que iba a acabar llevándolo a su propia muerte.

Mons. Aguer: Era una idea romántica, en el fondo...

Posse: Una idea romántica de la imagen del héroe napoleónico, combinada con las ideologías nuevas y mal digeridas que postulaban la formación del nuevo hombre liberal, y que por supuesto nunca se cumplieron y que nada tenían que ver con las masas y pueblos de América Latina. San Martín, más realista, cuando llega al Perú vive un

Via Crucis y está muy lejos de sentirse feliz como generalísimo y Protector del Perú. Le molesta el trato con esa burguesía de origen español que tiene un sentido de la vida bastante lamentable; ve a esos indios que se acercan nada más que para delatar a los que han perdido el poder, sean españoles o criollos. Todo esto es una experiencia muy honda que lo lleva a intentar con el Virrey de la Serna una nueva visión abarcadora y, prácticamente, se desapega del sentido éste de la mera independencia que terminará en la nada de la anarquía de toda América y en lo que ustedes señalaron, esa división por la cual países que estaban ligados por un sentido de vida común y unitivo, se van alejando el uno del otro hasta disgregarse en regiones y caudillazgos cada vez más extraños e incomunicados.

Estrada: Y cada uno de esos países pasa a tener relación más intensa con el nuevo centro metropolitano, que es Londres, que con los Estados vecinos.

Posse: Cambian de patrón creyendo que el patrón nuevo con las ideas liberales es benigno, y eso constituye un fenómeno curioso: pasan de una dependencia a otra pero con alegría, no como aceptando la fatalidad de una derrota.

Estrada: Es que ciertas doctrinas o interpretaciones de la realidad llevan, en política como en cualquier otro orden, al desconocimiento de cómo es el prójimo y de cómo son en verdad las cosas; por ejemplo, en el caso de Bolívar consta por su correspondencia que él no entendía ni a San Martín, ni a O´Higgins ni al mejicano Iturbide, porque decía “los cuatro somos los Bonaparte de América” y creía que todos ellos pensaban lo mismo, cuando San Martín no compartía en absoluto ese concepto.

Posse: Ése es el problema de Guayaquil, que fue interpretado por los historiadores argentinos como un episodio en el que uno de dos jefes, comprendiendo que hay que llegar a los fines de independencia, se aleja para evitar no una guerra civil sino una oposición que pudiera afectar la conducción de los ejércitos en la batalla final. Esto es absolutamente falso. El problema que tenía San Martín era explicar lo de Punchauca, que a Bolívar lo dejaba perplejo según consta en su correspondencia.

Pero en la Argentina se creó la imagen del "santo de la espada" y no se comprendió la del visionario que comprendía lo que sucedía en el mundo. Más que "santo de la espada" era un estadista extraordinario que entendió que estábamos rompiendo con la cultura madre occidental que nos había dado el idioma, nos había dado la religión, nos había dado la única forma representativa que había en todo el continente y que eran los cabildos, y nos había dado la unión de los territorios a través de las instituciones creadas por la administración española. San Martín se dio cuenta de eso y de que lo más importante de todo es que pertenecemos a una cultura y que los hombres de esa cultura no pueden romper con ella, en nombre del iluminismo, y quedarse en la nada. En la nada de pueblos que no entendían ninguno de estos temas.

Mons. Aguer: Por otra parte, si no recuerdo mal, a San Martín también se le cerraba al tiempo de la entrevista de Guayaquil la posibilidad de ampliar la campaña militar porque el gobierno de Buenos Aires no le quería enviar los recursos para reforzar su ejército. De manera que si él hubiera querido continuar por la vía guerrera se habría visto sin el respaldo de su país.

Posse: Así es; la Argentina lo trató como a un desertor. Ya cuando salió de Chile con su expedición al Perú el apoyo que recibía era el de

O¨Higgins. No hay que olvidarse que desembarcó en el Perú con la bandera chilena. Esa hazaña extraordinaria de haber creado una flota para el transporte de tropas, caballos y pertrechos de guerra a través del Pacífico la cumplió sin el respaldo de las Provincias Unidas.

La experiencia de San Martín es muy dramática porque a medida que recorre América comprende la inutilidad de la independencia, si podemos decirlo. Porque una independencia que iba a terminar en ochenta años de caudillos y de separación de los países que recién comienzan a reencontrarse a mediados del siglo XX era poca cosa. Eso es lo que vio San Martín, cuya grandeza es la del estadista que en ese momento advierte que la cultura unitiva europeo-americana es lo único que va a tener futuro en nosotros.

Estrada: Quizás haya que tomar en cuenta también la trayectoria personal anterior de San Martín entre las causas de esa comprensión. San Martín, por haber vivido tanto tiempo en España, seguramente conoció la importancia, la peligrosidad y la futileza de los separatismos que tanto han hecho y hacen padecer a la unidad española.

Posse: Por cierto; además, lo único que ha unido a España es la monarquía; ahora algo menos, pero en aquel momento era lo que mantenía unidas a esas regiones tan disímiles y separadas, puesto que faltaban los medios para aglutinar por ejemplo a un vasco con un andaluz o a un catalán con un gallego; lo que vinculaba era la Corona. San Martín tenía la idea de la Corona como algo benéfico, porque por encima de las diferencias regionales y de estilo, las coronas eran lo único que aseguraban la existencia de técnicas de gobierno acordes con formas constitucionales. Veía también en Brasil la unificación del elemento monárquico con la sabiduría europea, su comunicación total cultural y

política con lo principal del mundo de la época; ese país sudamericano, más bien costeño entonces y selvático en su mayor extensión, iba en camino de organizarse mejor, como en efecto sucedió.

La admiración y comprensión de estadista que tuvo San Martín respecto de Brasil es muy importante porque, por contraste, sentía que le había tocado "arar en el mar", que fue la última frase pronunciada por Bolívar al sentirse sucumbir en medio de su desastre. En efecto, una política que no iba unida a una dimensión espiritual, a un gran encuadramiento cultural básico era una mera política de independencia llamada a desembocar en la anarquía y una demora de más de cien años para que nuestro continente comenzara a recuperarse de esa especie de infantilismo histórico de estar siempre en un limbo indefinido alejado de las decisiones de la política mundial.

Mons. Aguer: Los hechos luego han confirmado que esa visión de San Martín sobre Brasil era correcta, porque de hecho a Brasil le ha ido mucho mejor. Su independencia fue más tardía, más progresiva, pero a pesar de las innumerables dificultades que afrontó y afronta en la historia es un país más integrado, con una fuerte conciencia nacional, con un destino imperial asumido, lo cual los demás países de América Latina no han alcanzado.

Posse: Es que a través de las coronas y la unión de las coronas los países se mueven con intereses de primera línea; en cambio, nuestras repúblicas y republiquetas optaron por ofrecer otro espectáculo, y hay que decirlo. La Argentina, por ejemplo, pasó por una anarquía horrorosa, con los caudillos del interior determinando la política mientras la ciudad de Buenos Aires se consideraba tan capaz como para desautorizar a su libertador San Martín y en definitiva amargarle la vida, entonces y

cuando más tarde, en 1829, el general decidió volver y tuvo que quedarse en la rada de Buenos Aires y en Montevideo. ¿Por qué? Porque en ese momento comprendió que nada había cambiado y que seguíamos en esa inmadurez que él ya había visto y que lo llevó a decirle a Bolívar en Guayaquil el verdadero motivo de su discordia: que no creía en la aventura militar de independencias vacuas sino en la necesidad de rescatar el patrimonio cultural que nos unía a España y a Europa.

Mons. Aguer: Esos problemas de nuestros orígenes están determinando los problemas de nuestro presente.

Posse: Sí, porque somos un continente nonato, siempre inmaduro. Salvo Brasil, al cual vemos integrándose en el mundo como la octava potencia importante, con armonía entre su planeamiento político y su realidad; pero el resto de América Latina se encuentra en situación no muy buena.

Mons. Aguer: No obstante, en el siglo XX se han dado algunos casos de pensamiento político latinoamericano tendientes a recuperar la vieja tradición hispano-criolla de una manera moderna y adecuada a la nueva realidad.

Posse: Pasados los años, ya estamos en eso; el continente ya no se define a través del indigenismo, del sueño del Incario que Belgrano transmitió con mucha fuerza a San Martín en tiempos del Congreso de Tucumán. Ya antes de eso, cuando inicia su aventura americana tras haber militado brillantemente en un ejército que había derrotado a Napoleón, San Martín creía también en la posibilidad de formar una nueva etnia, una nueva nación americana. Y se fue desilusionando hasta llegar a la conclusión de que debía disociarse de algo en lo cual había

dejado de creer. Seguía, sí, creyendo en esto que hemos comenzado a intentar más de cien años después: integrarnos estos países americanos entre nosotros y con la cultura mundial, después de haber dilapidado tantas décadas.

DOCUMENTOS HISTÓRICOS FRANCISCANOS SOBRE NAVIDAD

Relato de San Buenaventura (LM 10,7)

Tres años antes de su muerte se dispuso Francisco a celebrar en el castro de Greccio, con la mayor solemnidad posible, la memoria del nacimiento del niño Jesús, a fin de excitar la devoción de los fieles.

Mas para que dicha celebración no pudiera ser tachada de extraña novedad, pidió antes licencia al Sumo Pontífice; y, habiéndola obtenido, hizo preparar un pesebre con el heno correspondiente y mandó traer al lugar un buey y un asno.

Son convocados los hermanos, llega la gente, el bosque resuena de voces, y aquella noche bendita, esmaltada profusamente de claras luces y con sonoros conciertos de voces de alabanza, se convierte en esplendorosa y solemne.

El varón de Dios estaba lleno de piedad ante el pesebre, con los ojos arrasados en lágrimas y el corazón inundado de gozo. Se celebra sobre el mismo pesebre la misa solemne, en la que Francisco, levita de Cristo, canta el santo evangelio. Predica después al pueblo allí presente sobre el nacimiento del Rey pobre, y cuando quiere nombrarlo –transido de ternura y amor–, lo llama “Niño de Bethlehem”.

Todo esto lo presenció un caballero virtuoso y amante de la verdad: el señor Juan de Greccio, quien por su amor a Cristo había abandonado la milicia terrena y profesaba al varón de Dios una entrañable amistad. Aseguró este caballero haber visto dormido en el pesebre a un niño

extraordinariamente hermoso, al que, estrechando entre sus brazos el bienaventurado padre Francisco, parecía querer despertarlo del sueño.

Dicha visión del devoto caballero es digna de crédito no sólo por la santidad del testigo, sino también porque ha sido comprobada y confirmada su veracidad por los milagros que siguieron. Porque el ejemplo de Francisco, contemplado por las gentes del mundo, es como un despertador de los corazones dormidos en la fe de Cristo, y el heno del pesebre, guardado por el pueblo, se convirtió en milagrosa medicina para los animales enfermos y en revulsivo eficaz para alejar otras clases de pestes. Así, el Señor glorificaba en todo a su siervo y con evidentes y admirables prodigios demostraba la eficacia de su santa oración.

*

Tomás de Celano (1 Cel 84-87)

Digno de recuerdo y de celebrarlo con piadosa memoria es lo que hizo Francisco tres años antes de su gloriosa muerte, cerca de Greccio, el día de la natividad de nuestro Señor Jesucristo. Vivía en aquella comarca un hombre, de nombre Juan, de buena fama y de mejor tenor de vida, a quien el bienaventurado Francisco amaba con amor singular, pues, siendo de noble familia y muy honorable, despreciaba la nobleza de la sangre y aspiraba a la nobleza del espíritu.

Unos quince días antes de la navidad del Señor, el bienaventurado Francisco le llamó, como solía hacerlo con frecuencia, y le dijo: “Si quieres que celebremos en Greccio esta fiesta del Señor, date prisa en ir allá y prepara prontamente lo que te voy a indicar. Deseo celebrar la memoria del niño que nació en Belén y quiero contemplar de alguna manera con mis

ojos lo que sufrió en su invalidez de niño, cómo fue reclinado en el pesebre y cómo fue colocado sobre heno entre el buey y el asno". En oyendo esto el hombre bueno y fiel, corrió presto y preparó en el lugar señalado cuanto el Santo le había indicado.

Llegó el día, día de alegría, de exultación. Se citó a hermanos de muchos lugares; hombres y mujeres de la comarca, rebosando de gozo, prepararon, según sus posibilidades, cirios y teas para iluminar aquella noche que, con su estrella centelleante, iluminó todos los días y años. Llegó, en fin, el santo de Dios y, viendo que todas las cosas estaban dispuestas, las contempló y se alegró. Se prepara el pesebre, se trae el heno y se colocan el buey y el asno. Allí la simplicidad recibe honor, la pobreza es ensalzada, se valora la humildad, y Greccio se convierte en una nueva Belén. La noche resplandece como el día, noche placentera para los hombres y para los animales. Llega la gente, y, ante el nuevo misterio, saborean nuevos gozos. La selva resuena de voces y las rocas responden a los himnos de júbilo. Cantan los hermanos las alabanzas del Señor y toda la noche transcurre entre cantos de alegría. El santo de Dios está de pie ante el pesebre, desbordándose en suspiros, traspasado de piedad, derretido en inefable gozo. Se celebra el rito solemne de la misa sobre el pesebre y el sacerdote goza de singular consolación.

El santo de Dios viste los ornamentos de diácono, pues lo era, y con voz sonora canta el santo evangelio. Su voz potente y dulce, su voz clara y bien timbrada, invita a todos a los premios supremos. Luego predica al pueblo que asiste, y tanto al hablar del nacimiento del Rey pobre como de la pequeña ciudad de Belén dice palabras que vierten miel. Muchas veces, al querer mencionar a Cristo Jesús, encendido en amor, le dice "el Niño de Bethleem", y, pronunciando "Bethleem" como oveja que bala, su boca se llena de voz; más aún, de tierna afección. Cuando le llamaba "niño de

Bethleem" o "Jesús", se pasaba la lengua por los labios como si gustara y saboreara en su paladar la dulzura de estas palabras.

Se multiplicaban allí los dones del Omnipotente; un varón virtuoso tiene una admirable visión. Había un niño que, exánime, estaba recostado en el pesebre; se acerca el santo de Dios y lo despierta como de un sopor de sueño. No carece esta visión de sentido, puesto que el niño Jesús, sepultado en el olvido en muchos corazones, resucitó por su gracia, por medio de su siervo Francisco, y su imagen quedó grabada en los corazones enamorados. Terminada la solemne vigilia, todos retornaron a su casa colmados de alegría.

Se conserva el heno colocado sobre el pesebre, para que, como el Señor multiplicó su santa misericordia, por su medio se curen jumentos y otros animales. Y así sucedió en efecto: muchos animales de la región circunvecina que sufrían diversas enfermedades, comiendo de este heno, curaron de sus dolencias. Más aún, mujeres con partos largos y dolorosos, colocando encima de ellas un poco de heno, dan a luz felizmente. Y lo mismo acaece con personas de ambos sexos: con tal medio obtienen la curación de diversos males.

El lugar del pesebre fue luego consagrado en templo del Señor: en honor del beatísimo padre Francisco se construyó sobre el pesebre un altar y se dedicó una iglesia, para que, donde en otro tiempo los animales pacieron el pienso de paja, allí coman los hombres de continuo, para salud de su alma y de su cuerpo, la carne del Cordero inmaculado e incontaminado, Jesucristo, Señor nuestro, quien se nos dio a sí mismo con sumo e inefable amor y que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo y es Dios eternamente glorioso por todos los siglos de los siglos. Amén. Aleluya. Aleluya.

RESEÑA

FORTUNATO MALLIMACI, *Catolicismos, Sociedad y Modernidades en América Latina. Textos reunidos de Fortunato Mallimaci (1988-2014).* Compilación de Verónica Giménez Béliveau Buenos Aires, CLACSO, 2024, 514 pp.

Se trata de una obra de conjunto que se propone ofrecer trabajos de Fortunato Mallimaci escritas durante más de un cuarto de siglo, algunas de las cuales son hoy de difícil acceso. La selección parece muy oportuna porque por una parte muestra la continuidad de los enfoques de abordaje del autor y por otra presenta un recorrido de temáticas puntuales que van desde la preocupación concreta por la situación argentina y su historia hasta las cuestiones actuales que afectan a toda nuestra región, en el marco de la postmodernidad.

El material de nueve artículos de desigual extensión, se organiza en res secciones temáticas de tres cada uno; este doble tripartición contribuye a equilibrar el resultado, que quedaría desbalanceado por la desigualdad de extensión de cada uno.

El primer grupo "Miradas históricas sobre el catolicismo: el catolicismo integral" se refiere a toda una etapa del catolicismo argentino del siglo XX con profundas implicancias sociales, culturales y políticas, sobre todo por la conjunción de conservadurismo y militarismo, especialmente en los años 30. El primero es "El catolicismo integral en la Argentina (1930-1946)", trabajo publicado en 1988, época en que esta cuestión tomaba cuerpo ideológico, sobre todo por los juicios a los militares del proceso y los cuestionamientos del catolicismo progresista a la propia historia institucional y lo que denunciaba como "silencio cómplice" de las

autoridades religiosas de la década del 70. En este largo trabajo de más de 90 páginas, Mallimaci pasa revista a los principales actores e ideas que circularon hasta el advenimiento del gobierno del Gral. Perón, ´poca en que el militarismo en Argentina cobra fuerza sobre todo a partir del comienzo de la Segunda Guerra Mundial.

El siguiente trabajo continúa y completa el anterior, al referirse a la historia más amplia de estas relaciones: "Catolicismo y militarismo en Argentina (1930-1983). De la Argentina liberal a la Argentina católica"; es más breve (la mitad del anterior) publicado en 1996 y marca un matiz hermenéutico interesante en relación al anterior, ocupándose más especialmente del liberalismo político argentino, probablemente en consonancia con la época de su redacción. Se hace cargo aquí de la historiografía general acerca de la época liberal de fines del XIX y principios del XX (el roquismo y sus epígonos), época que actualmente ha vuelto a cambiar de denominación (se habla ahora otra vez de la "Repúblia conservadora"). Además de esto, el trabajo continúa los lineamientos de análisis sociológico, acerca de los contextos en que se producían relaciones fluidas y colaborativas entre clérigos y militares.

El tercer y último trabajo de esta primera sección. "Movimientos laicales y sociedad en el periodo de entreguerras. La experiencia de la Acción Católica en Argentina", es un largo trabajo de1991), muy importante porque introduce un enfoque socio-cultural para completar las historias más religiosas e institucionales de la ACA, más bien a cargo de sus propios miembros, algunos de los cuales son prácticamente autobiografías. Sin disminuir el valor de estos aportes biográficos, al contrario, el complemento de un análisis con otros parámetros epistémicos permite evaluar mejor los resultados de una y otra línea y procurar una síntesis, algo que por el momento nos falta.

La segunda sección cambia totalmente de tema: "Religión, pobreza, política", aunque dos de sus trabajos se remontan a la década de los 90, aparece ya el tema de la vulnerabilidad social, que los críticos del menemismo s encargaron en hacer circular –aunque en forma incipiente– durante su gobierno. Es precisamente en esta etapa que el catolicismo más crítico y socialmente comprometido (al que se ha llamado, tal vez en corma no muy apropiada, "progresismo"), comienza una tarea de crítica política, Es el tema del trabajo "Ocupación del espacio público y vulnerabilidad social. Las políticas sociales del catolicismo argentino y uruguayo", un breve ensayo de 2009, que sintetiza resultados anteriores, ero que sobre todo pone el acento en la preocupación católica por la vulnerabilidad social en épocas tempranas de los 90, vulnerabilidad que no sólo ha disminuido, sino que, según la mayoría de los parámetros considerados, ha aumentado, en un proceso cuyo detenimiento no se avizora.

También de los 90 es el segundo trabajo, "Protestantismo y política partidaria en la Argentina actual", (escribe en 1996) En momentos en que comienzan los acercamientos interconfesionales, a los que Mallimaci parece apoyar, aunque desde su propia línea investigativa.

El tercer trabajo vuelve a considerar décadas anteriores. En 1995 (auge del liberalismo y de la reforma Constitucional del año anterior), escribe "La Iglesia en los regímenes populistas (1930-1959)" donde visualiza al peronismo como "populismo", pero con el cuidado de no involucrar el nuevo peronismo de los 90. Resulta interesante que cierra dicho período "populista" en 1959, es decir, con la presidencia de Frondizi, involucrando en la denominación al gobierno militar anterior, aunque sin duda no lo cataloga así en su estudio. Opero considera que, en general, la política argentina tuvo incluso en esos años de gobierno de facto, un componente muy importante de populismo, lo que sin duda es verdad.

La tercera sección vuelve ampliar el tema, ahora también geográficamente: "Pensar las modernidades latinoamericanas", con tres trabajos distanciados temporalmente, los cuales muestran no sólo la creciente relevancia del tema sino también los propios avances del autor.

El primero: "La continua crítica a la modernidad. Análisis de los 'vota' de los obispos argentinos al Concilio Vaticano II", de 1993, se inscribe en una línea historiográfica de aquellos años, que había iniciado una lectura crítica de los textos del Concilio, y que, no sólo aquí sino en muchos otros lugares, se proponía señalar las líneas y orientaciones de los Conciliares y el modo cómo votaron, así como las "negociaciones" (más o menos conocidas o sospechadas) para llegar a la unanimidad en documentos esenciales.

El segundo trabajo transita otras vías, introduciendo un tema que cobró relevancia sobre todo a inicios del nuevo siglo, en virtud de circunstancias muy desafortunadas en diversos países de nuestra región, que obligo a considerar la necesidad de abordar la denuncia sin tapujos, pues pareciera que todo silencio resulta cómplice. En el trabajo "Los derechos humanos y la ciudadanía como matriz de análisis de nuestra sociedad" de 2007, se vincula con otro tema que no había tenido un lugar tan preciso y relevante en torvas anteriores: la cuestión de la ciudadanía y su relación con la defensa de los derechos, la pérdida de ambos en situaciones de crisis y tiranía y un proceso de co-implicación de diversas líneas de conducta, tanto a nivel de los políticos como de los religiosos y de la población en general.

Finalmente, "Modernidades múltiples. Hacia otro paradigma en el cruce de secularizaciones y laicidades en América Latina", el trabajo más reciente, de 2014, reitera una idea que ya le conocíamos, puesto que es

una matriz de pensamiento compartida por todo un grupo de sociólogos: la diversidad de "modernidades" y su relación con los procesos de secularización y laicidad que han calado profundamente en nuestra región, produciendo un efecto de cierta deslegitimación de los enfoques religiosos, a lo cuales se responde, desde ese ámbito, mostrando el compromiso con los altos valores del humanismo, en una época en que ya se habla de "post-humanismo" y "trans-humanismo".

Esta selección, cuya historia se reseña en el inicio, se completa con una especie de entrevista al autor donde él recuerda aspectos relevantes de su vida, de su trayectoria y de las obras que se seleccionaron. Aunque cada texto en sí mismo, desde luego en su conjunto, se bastan para la comprensión temática, la lectura de estas notas autobiográficas es muy conveniente, porque incluso –y es una impresión personal pero que considero válida– para empatizar mejor con los textos. En síntesis, se trata de una obra que no sólo nos pone a disposición textos muy relevantes, algunos de los cuales casi no son conseguibles, sino que además, pone ante los ojos del lector una variedad de temas y de épocas acerca de las cuales ha corrido mucha tinta, sin que de ninguna manera se hayan agotado. Estos textos escritos hace años (el más reciente lleva una década) exhiben la importancia de continuar pensando las problemáticas centrales: la relación entre la política y el catolicismo, más ampliamente con el cristianismo y con los movimientos secularistas y laicistas, todo ello en por de una mejor comprensión de nuestra historia total.

Celina A. Lértora Mendoza